

La Argentina blanca y europeizada, agonía de un mito oligárquico

Carlos M. Tur Donatti*

*Y así se escribe la historia
de nuestra tierra, paisanos;
en los libros, con borrones,
y con cruces en los llanos.¹
Copla popular riojana¹*

En el panorama de la historia contemporánea de América Latina, el mito de la población argentina como plenamente *blanca y europeizada* ha resultado de generalizada aceptación. La creencia de que la formación demográfica y cultural del país conosureño ha sido producto de la masiva inmigración europea, se constituyó en uno de los pilares de la identidad nacional, que el Estado argentino proyectó hacia el exterior con notable éxito.

El mito ideológico de la Argentina sin indios ni afros se comenzó a construir a partir de mediados del siglo XIX, cuando las sucesivas administraciones *liberales* procuraban atraer inmigrantes europeos e inversionistas ingleses.² Esta inédita imagen del país recibió un impulso

* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH.

¹ León Pomer, *El soldado criollo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971, p. 105.

² Pedro Navarro Floria, "Un país sin indios. La imagen de la Pampa y la Patagonia en la geografía del naciente Estado argentino", en *Scripta Nova*,

decisivo cuando la llamada "generación de 1880" controló con la fuerza militar los vastos territorios indígenas y federalizó la ciudad de Buenos Aires, poniendo las bases del Estado oligárquico al servicio de los estancieros criollos y la Bolsa de Londres.

Bajo la astuta conducción del general Julio Argentino Roca, gran cacique civilizador y patrón de la política oligárquica durante un cuarto de siglo, se construyeron las bases materiales de una dinámica especialización agropecuaria volcada a la exportación, se fomentó con relativo éxito la inmigración de italianos y españoles,³ y para *nacionalizar* a estos extranjeros y en particular a sus descendientes se organizó un extendido y eficiente sistema de educación pública.

La producción de una historiografía liberal-nacionalista y su difusión masiva por la escuela primaria y los grandes diarios, que fueron los medios utilizados para imponer una sesgada lectura del pasado y una aceptación optimista del momento, legitimadora de la gran propiedad territorial y las estratégicas inversiones británicas, presentando como un logro excep-

Revista electrónica de geografía y ciencias sociales, Universidad de Barcelona, núm. 51, 1999.

³ Entre 1857 y 1940 entraron al país 6 595 690 personas y salieron 3 125 248, siendo el saldo migratorio de 3 470 453 personas. Es decir, sólo se afincaron un 53 por ciento. Véase Romain Gaignard, *La Pampa argentina. Ocupación, poblamiento, explotación. De la conquista a la crisis mundial (1550-1930)*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1989, p. 304.

cional la europeización demográfica de Argentina.

A esta operación de *blanqueamiento simbólico* la consolidaron prominentes intelectuales y políticos de la oligarquía gobernante. Estanislao Zeballos, por ejemplo, en una conferencia pronunciada en la universidad estadounidense de Harvard afirmó que "es digna de recordarse la circunstancia favorable que (en Argentina) las razas inferiores, indios y negros, casi se extinguieron durante el primer siglo de la independencia".⁴ Por su parte, Joaquín V. González sostenía en 1913 "que en el país, eliminados hace ya tiempo los componentes degenerativos e inadaptables, como el indio y el negro", desaparecería también la población mestiza gracias al influjo "de la raza europea, pura por su origen y pura por la selección".⁵

Hasta hace pocos años y con modificaciones menores, esta prejuiciosa y sesgada lectura del pasado fue aceptada por propios y extraños. Claro que en la historiografía más reciente, para poner otro ejemplo, el brutal racismo de Zeballos y González, muy propio de las minorías criollas de su época en toda América Latina, era convencidamente dejado de lado; sin embargo, y sin olvidar algunos intentos precursores,⁶ no existe

⁴ Ricardo E. Rodríguez Molas, *Historia social del gaucho*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982, p. 240.

⁵ *Ibidem*, p. 241.

⁶ "La historia argentina no quiere ver en los indios más que hordas de crueles ladrones que el hombre civilizado, al precio de duros enfrentamientos, ha logrado

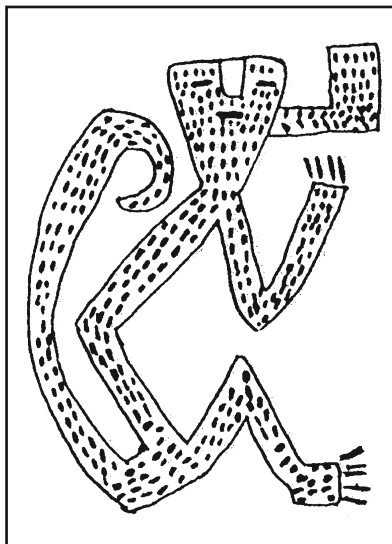
todavía una lectura del pasado que incorpore realmente la historia de los pueblos indígenas y sus múltiples relaciones con la sociedad criollo-mestiza, que iban del comercio y el mestizaje a la guerra y el exterminio.⁷

Para apreciar el tamaño de dicha negación mutiladora hay que recordar que las etnias indígenas hasta los años en torno a 1880 controlaban dos terceras partes de lo que hoy constituye el territorio argentino: toda la Patagonia y la región chaqueña, y buena parte de la crucial pampa húmeda. En conclusión, puede afirmarse que el racismo de los estancieros y militares criollos sigue marcando la pauta para entender el pasado argentino.

Pero aquella clásica dicotomía

contener primero, rechazar luego y, finalmente, eliminar". Romain Gaignard, *op. cit.*, p. 208.

⁷ Existen innumerables testimonios de intercambios culturales y comerciales entre los pueblos originarios patagónicos, pampeanos y chaqueños con las poblaciones mestizo-criollas; de la poligamia de los hacendados criollos con mujeres indias, mulatas y mestizas, y, lo que es menos conocido, de mujeres criollas con varones indígenas. La *frontera*, en conclusión, más que una clara delimitación de espacios de poder era un ámbito de contactos diversos y, en la visión criollo-oligárquica, una división imaginada con respecto al *desierto* que, en realidad, eran los vastos territorios poblados por las etnias originarias de cazadores-recolectores, ganaderos y agricultores. Véase un clásico de la época, el ya citado Estanislao S. Zeballos *La conquista de quince mil leguas*, publicado originalmente en 1878 y reimpresso por Hachette, Buenos Aires, 1958, y un autor crítico contemporáneo, David Viñas, *Indios, ejército y frontera*, México, Siglo XXI, 1982.



sarmientina, civilización o barbarie, ha recibido recientemente un golpe definitivo desde un ángulo tan inesperado como original. El mito oligárquico de la total europeización de la población argentina está sufriendo el asalto demolidor de un equipo de biólogos, especializados en la reciente disciplina de la genética de las poblaciones. Dichos científicos de la Universidad de Buenos Aires, la más grande y prestigiosa del país, han comprobado que un 56 por ciento de la población actual tiene antepasados indígenas, parcial o totalmente; sólo el 44 por ciento tiene huellas genéticas de ascendencia europea, y un 10 por ciento de los habitantes de la ciudad de Buenos Aires muestra huellas genéticas de ascendencia africana. En conclusión, que el mapa genético de la población argentina denuncia *múltiples mestizajes* y seis de cada 10 habitantes no son totalmente blancos, de pura ascendencia europea.⁸

⁸ Luciana Peker, "Soy morocha", en "Las 12", suplemento cultural del diario *Página 12*, Buenos Aires, 5 de agosto de 2005, pp. 2 y 4.

Dicha investigación ha cubierto los diferentes sectores sociales y regiones geográficas argentinos, lo que le presta innegable solidez científica a sus conclusiones, y supera el recorte social y espacial que realizaban los ideólogos oligárquicos de principios del siglo XX. Estos señores criollos del poder y la propiedad confundían toda Argentina con la ciudad de Buenos Aires y la región pampeana, y aún en esta región borraban a los sectores étnicos y sociales que no encajaban en su visión apologética y propagandística.

Si bien para los especialistas en historia social las comprobaciones de los mencionados científicos no resultan totalmente novedosas y son éstas aceptadas con naturalidad por los descendientes de las viejas familias terratenientes, en amplios sectores medios de la población existe una notoria reticencia a este cambio de percepción del pasado; quizás lo perciben como una nueva amenaza a su deteriorado status en la sociedad argentina actual, y todo parece indicar que la más que centenaria mitología europeizante se irá extinguiendo lentamente.

Si algunas búsquedas historiográficas heterodoxas —actualmente confirmadas por la genética de las poblaciones— demostraron que los argentinos son el resultado de múltiples mestizajes, cabe preguntarse cómo se construyó el mito europeísta y por qué tuvo tan prolongada aceptación.

Se ha comprobado que esta típica construcción ideológica se confunde con los esfuerzos iniciales

para construir una identidad nacional por parte de intelectuales y líderes patriotas desde la crisis misma de la independencia.⁹ Esta necesidad se acentuó para la elite criolla a partir de la fundación del Estado oligárquico y la creciente llegada al país de inmigrantes europeos. Es en esta época cuando se escriben las obras históricas fundadoras y se debate sobre dos concepciones de la nacionalidad, la cultural-hispanista y la cívica-política de raigambre francesa. Pero ambas postulaciones coincidían en una combinación de negaciones, recortes y afirmaciones implícitas. Con diferencias de énfasis pero con coincidencias fundamentales se inventó una lectura del pasado que tenía como *desenlace necesario* la distribución polarizada de la tierra y del poder político en el país agropecuario y liberal (1880-1930).¹⁰

En la imagen creada de Argentina se sobrevaleó la incidencia demográfica y económica de los inmigrantes europeos y se minusvaloró drásticamente el aporte de los migrantes internos, de la vieja población indígena y mestiza.

Sobre los mestizajes que formaron dicha población, apuntó en 1834 Charles Darwin, el famoso naturalista inglés: “Casi todos los hombres tienen en las venas sangre española, negra, india”, refirién-

dose a las tropas de la expedición de Juan Manuel de Rosas al norte de la Patagonia.¹¹

Desde mediados del siglo XIX en que se inauguró la promoción estatal y privada de la agricultura con inmigrantes europeos, las cosechas requirieron de un elevado número de trabajadores temporales. Acudieron entonces a las provincias en las que avanzaba la colonización —Santa Fe, Entre Ríos, Córdoba— tanto trabajadores extranjeros como de las provincias limítrofes.¹²

De quiénes eran estos cosecheros migrantes, nos dice Juan Bialet Massé en su famoso informe sobre los trabajadores al comenzar el siglo XX, que después de hacer el servicio militar obligatorio, correntinos hablantes de guaraní y otros contingentes mestizos que habitaban las serranías de Córdoba, Catamarca y La Rioja, y además santiagueños quichua parlantes, se desplazaban a las colonias agrícolas de las provincias pampeanas.¹³

En conclusión, el auge agrícola que creó la leyenda de la pampa como cesta de pan para el mundo, fue producto de los agricultores italianos y los peones tanto ultramarinos como mestizos provincianos. Si

¹¹ Jorge Páez, *La conquista del desierto*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971, p. 32.

¹² James R. Scobie, *Revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino, 1860-1910*, Buenos Aires, Solar Hachette, 1968, p. 104, y Roberto Cortés Conde, *El progreso argentino, 1880-1914*, Buenos Aires, Sudamericana, 1979, pp. 68-72.

¹³ Juan Bialet Massé, *Las clases obreras argentinas a comienzos de siglo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1973, pp. 23 y 32.

la contribución de dichos provincianos ha sido retaceada, la historia interna de los pueblos indígenas y de sus relaciones con la sociedad criolla han sido generalmente ignoradas. La participación para repeler las invasiones inglesas de principios del siglo XIX, su inevitable militancia en las guerras de la independencia y en los enfrentamientos regionales, esas múltiples y conflictivas interrelaciones han sido generalmente borradas por la historia oficial.

Se creó la leyenda del salvajismo indígena y se ignora generalmente que hubo cautivas blancas que regresaban por voluntad propia a las tolderías indígenas, y para poner un ejemplo más que revelador, resulta que el poderoso cacique araucano Cafulcurá, que negociaba en pie de igualdad con los presidentes liberales en las décadas de 1850 y 1860, tenía como secretario privado a un ciudadano francés.¹⁴

Más allá de la historia menor aunque de cierta significación impugnadora, los pueblos indígenas parecen haber desaparecido después de la “Conquista del Desierto”, emprendida en 1879 por el ejército de línea al mando del general Julio Argentino Roca.

Esta marcha civilizatoria y genocida en los territorios del sur argentino, se complementó con la ocupación armada de la región chaqueña y la conversión por la violencia sistemática de las etnias indígenas, los pequeños campesinos y ganaderos mestizos en traba-

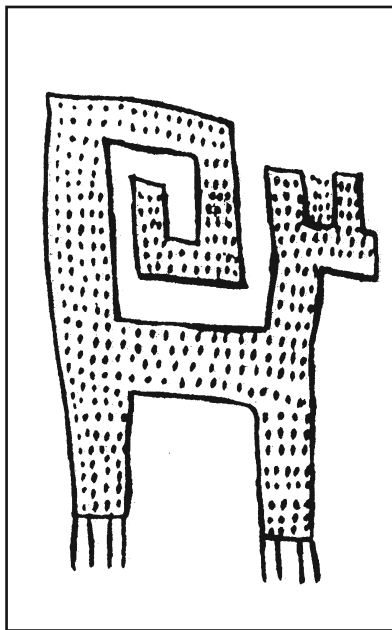
¹⁴ Jorge Páez, *op. cit.*, p. 28.

jadores asalariados para la explotación forestal y la expansión algodona.¹⁵

Demostrando lo infundado del pesimismo racial de los ideólogos oligárquicos, Juan Biale Massé, en cumplimiento de la comisión que le encomendara el presidente Roca en su segundo mandato (1898-1904), asienta en su mencionado informe sobre el indio chaqueño: “Sin él no hay ingenio azucarero, ni algodón, ni maní, ni nada importante. Es él el cosechero irremplazable del algodón; nadie lo supera con el hacha ni en la cosecha del maní.”¹⁶

También en la región Noroeste del territorio argentino, que tiene límites geográficos con la región chaqueña y las repúblicas vecinas de Paraguay y Bolivia, en la agroindustria azucarera de aquellos años se empleaban peones mestizos e indígenas chiriguano, matabos y tobas; el único personal europeo, según nos informa Biale Massé, eran ingenieros ingleses.¹⁷

Como prolongación de la época colonial española, se podría decir que sin indios no habría habido Chaco ni Noroeste argentinos, en



la época áurea de la inmigración europea y la expansión agropecuaria pampeana. Pero recordemos que tanto para Estanislao Zeballos como para Joaquín V. González “esas razas inferiores, indios y negros” estaban casi extinguidas o dichos “componentes degenerativos o inadaptables como el indio y el negro”, estaban eliminados desde hace ya tiempo. En esta versión “para los ingleses”, como decían los líderes brasileños del siglo XIX en situaciones similares, el pecado de no vivir en la ciudad de Buenos Aires o en la pampa húmeda se pagaba con el genocidio simbólico o la explotación económica salvaje.

Peor destino le cabría a la población de orígenes africanos en la visión criolla dominante. Afirma al respecto José Luis Lanuza: “Nuestra historia parece complacerse en olvidarlos, en evitarlos”, y líneas más abajo, remata: “nos parece mentira que en la batalla de Maipo —en la que el ejército argentino al mando de José de San Martín reafirmó en 1818 la independencia

de Chile— quedaran muertos centenares de negros reclutados entre los esclavos de Cuyo”.¹⁸

No sólo se menospreció su centenaria presencia, que a fines del siglo XIX había quedado reducida a un pequeño porcentaje de la población, y ahora sospechamos que las guerras, las enfermedades y el mestizaje contribuyeron a desdibujar su presencia. En el momento en que estalla la crisis de la independencia su proporción en la población era alta: 30 por ciento en Buenos Aires, en Tucumán 64 por ciento y el 46 por ciento en Salta.¹⁹ Las referencias a este sector de esclavos y libertos son constantes en los textos de los viajeros ingleses de la época²⁰ y, es bueno enfatizarlo, la esclavitud sólo se abolió definitivamente a mediados del siglo XIX.

Se polemiza hoy sobre las razones de la desaparición del mencionado contingente afro. Las epidemias lo afectó de forma particularmente mortífera en la segunda mitad de ese siglo, y el Estado nacional hasta nuestros días contribuyó a desaparecerlos mediante el expediente de *blanquearlos* en la documentación oficial. Pero este *premeditado genocidio simbólico* no ha podido eliminar sus huellas fisi-

¹⁵ Nicolás Íñigo Carrera, *La colonización del Chaco*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983, pp. 11-15 y 40-42, y Luis C. Alen Lascano, *El obraje*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1972, p. 77.

¹⁶ Juan Biale Massé, *op. cit.*, p. 46.

¹⁷ *Ibidem*, p. 96, y Jules Huret, *La Argentina*. Este libro fue escrito por un famoso periodista francés que recorrió el país a fines de la primera década del siglo XX, y fue editado por primera vez en castellano en Buenos Aires por Espasa-Calpe, 1952, pp. 76-79.

¹⁸ José Luis Lanuza, *Morenada. Una historia de la raza africana en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Schapire, 1967, p. 7.

¹⁹ Daniel Schávelzon, *Buenos Aires Negra. La arqueología histórica de una ciudad silenciada*, Buenos Aires, Emecé, 2003.

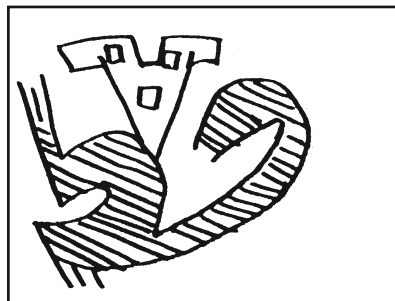
²⁰ S. Samuel Trifilo, *La Argentina vista por los viajeros ingleses, 1810-1860*, Buenos Aires, Gure, 1959.

cas y culturales, aunque sus propios descendientes, agobiados inconscientemente por el estigma racista de la ideología dominante, nieguen aún hoy su ascendencia africana con énfasis patético.

Lo que ya resulta imposible de negar es su influencia en la cultura popular rioplatense. En su *Historia del tango*, Blas Matamoros afirma que los primeros tríos tangueros copiaron a principios del siglo XX la composición de las pequeñas orquestas afro, tal como se venía tocando en América Latina desde el siglo XVIII. Es conocido, por otra parte, que el primer tango escrito, “El entrerriano”, data de 1896 y su autor, Rosendo Mendizábal, era un pianista mulato que actuaba en “casas de baile”, nombre elegante de los prostíbulos porteños de aquellos años.²¹

La tradición afrotanguera fue continuada en las décadas del nacionalismo cultural (1920-1960) por un poeta de la relevancia creativa de Homero Manzi, quien escribió una serie de *milongas negras*: “Papá Baltasar”, “Pena mulata”, “Negra María”,²² interpretadas magistralmente en años recientes por Susana Rinaldi y Edmundo Rivero.

Como se puede comprobar en nuestros días los *desaparecidos* de Joaquín V. González, contribuyeron decisivamente a la formación



económica argentina, a los mestizajes múltiples que han formado la población actual y a la creación de una rica cultura popular, que les ha dado personalidad y presencia a los argentinos en el mundo. La propuesta europeizante de la “generación de 1880” negó, en conclusión, existencia simbólica a indígenas, mestizos y afros, y confundió, insistentemente, a todo el país con la proyección de su imagen en Buenos Aires y la región pampeana.

Dos ciclos de la historia argentina, el agropecuario exportador y liberal de 1880 a 1930, y el que va de este crítico año a 1976, el ciclo dominado por la industrialización y el nacional-desarrollismo, dos ciclos que se extendieron a lo largo de un siglo, ofrecieron a la población posibilidades de movilidad social y una identidad nacional que se basó en el mito europeizante. Se produjo de hecho en esta centuria una alianza ideológica entre la versión europeizante del sector más tradicional de la burguesía argentina, el conformado por los terratenientes porteños, y una fracción exitosa de inmigrantes europeos y sus descendientes que se integraron a la minoría del dinero y el poder. Fue una especie de alianza-fusión espontánea de los triunfadores en un país expansivo y conflictivo, pero abierto a las posibilidades de realización personal y ascenso social.

El paso a un nuevo ciclo histórico iniciado en 1976 mediante el terrorismo estatal y la desindustrialización masiva, acentuó las desigualdades sociales y disminuyó la presencia simbólica del Estado. El ciclo reciente inaugurado por los militares genocidas se profundizó en los años noventa con la gestión peronista-neoliberal de Carlos Saúl Menem. Esa feroz readaptación del país a las exigencias del capitalismo transnacional provocó una notoria decadencia de las ideologías nacionalistas unificadoras, y aceleró una revisión crítica del pasado y sus interpretaciones.

A esta lectura impugnadora contribuyeron el surgimiento de nuevos movimientos sociales —de derechos humanos, feministas, piqueteros, gay, indígenas— y las experiencias adquiridas en el exilio por la intelectualidad progresista vuelta al país.

En la Argentina del empobrecimiento, el descenso social y el Estado del malestar, no se podían sostener mitos ideológicos propios de épocas históricas ya desaparecidas. Una nueva lectura del pasado desde los intereses y aspiraciones del hombre de trabajo, lectura lejana y crítica de los intelectuales del poder, debe reconocer los diferentes aportes humanos y culturales que formaron en el tiempo largo la actual población argentina. Población de orígenes diversos que se ha fundido en un crisol de mestizajes físicos y culturales, proceso lejano de la utopía criolla y racista de los ideólogos oligárquicos.

²¹ Blas Matamoros, *Historia del tango*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971, p. 7.

²² Aníbal Ford, *Homero Manzi*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971, pp. 103-104.